



HOTEL SERVIGROUP
MONTIBOLI ☆☆☆☆☆



AJUNTAMENT DE LA VILA JOIOSA



CAM

Caja Mediterráneo

2010

III Concurso de Relatos **“Do not disturb”**





III Concurso de Relatos
“Do not Disturb” 2010



HOTEL **SERVIGROUP**
MONTIBOLI☆☆☆☆☆

Patrocinado por:



Edita: © Hotel Montíboli

Diseño de portada: Hoteles Servigroup

Maquetación e impresión: Cromosystem Servicios Gráficos, S.L.

Fecha: Marzo 2011

Lugar: Alicante

Dentro de la relación que nos une a Caja Mediterráneo con el Hotel Servigroup Montíboli, nos complace volver a ser copartícipes del concurso de relatos “Do not disturb”. El Montíboli es un hotel que mantiene una programación cultural muy acertada e intensa, dentro de la que es habitual encontrar destacadas actividades y colaboraciones con el mundo del arte y de la gastronomía.

En esta tercera edición del concurso, cuyos relatos tenían que tratar sobre una historia de amor en torno a una cena romántica en un hotel, se realzan algunos de las características que han hecho del Montíboli uno de los establecimientos hoteleros de referencia de nuestro país. La tranquilidad, el relax y la intimidad son algunas de las claves del éxito de este hotel, además de actividades culturales y sociales que realizan a lo largo de la temporada.

Para CAM es un honor poder colaborar con este certamen literario desde su primera edición. Quiero reconocer públicamente el acierto demostrado por Servigroup al seguir apostando por este concurso, que nació como una iniciativa para celebrar el 40 Aniversario del Hotel Montíboli, pero que continúa celebrándose dada la gran acogida de los escritores.

Desde su primera edición, los lazos que unen a nuestra Caja con el Hotel han seguido acrecentándose. En Caja Mediterráneo nos motiva especialmente la difusión de obras literarias de autores noveles y consagrados, así que con estas actuaciones queremos reafirmar nuestro apoyo sin reservas a cuanto contribuya a difundir la cultura y el arte.

Caja Mediterráneo queremos felicitar al Montíboli por la magnífica idea que tuvieron al poner en marcha el certamen literario, uniendo el descanso, la calma y la intimidad propios de este magnífico Hotel Montíboli con el arte y la cultura de los relatos.

Armando Sala Lloret

Presidente del Consejo Territorial de Alicante de Caja Mediterráneo

El Hotel Montíboli se complace en publicar de nuevo una recopilación de las mejores obras presentadas al concurso de relatos cortos “Do not disturb”, una actividad de excelente acogida que se enmarca en la iniciativa “Montíboli Cultural”.

En 2010 han concurrido a la tercera edición de este certamen más de 180 autores de todas las regiones españolas y de países como Colombia, Argentina, Perú, Gran Bretaña, México, El Salvador o Francia.

En este ejemplar, que encontrarán en sus habitaciones, se recogen los mejores trabajos presentados al concurso: los galardonados con el primer y el segundo premio, así como cuatro relatos finalistas reconocidos con un accésit.

En nuestro sitio web, www.montiboli.es, tienen la versión digitalizada de este libro disponible para su libre descarga, y la información necesaria para participar en las próximas ediciones del certamen. Además, podrán estar al día de las actividades lúdicas, culturales y de otra índole que organizamos desde el Hotel Servigroup Montíboli, así como de nuestras novedades y promociones.



I PREMIO

MOONRIVER, *de Alfredo de Andrés Ramos*



II PREMIO

ANIVERSARIO, *de Vicente Soriano Bayarri*



FINALISTAS

LA PRINCESA, *de Julio García Castillo*

ROMANTICISMO EN DOS ACTOS, *de Francisco García Bausán*

CÓMO HAN CAMBIADO LOS TIEMPOS, *de Francisco Durá Quiles*

VIAJE DE NOVIOS, *de Elena Marqués*



MIEMBROS JURADO

En la foto, de izq. a dcha: Pepi Llinares (publicidad Hoteles Servigroup), Susana Abia (Argos Comunicación), Francisco José Benito (periodista Diario Información), Manuel J. García (director del hotel) y Natalia Caballé (imagen corporativa Hoteles Servigroup).

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Introducción | 4 |
| Moonriver | 9 |
| Aniversario | 15 |
| La Princesa | 21 |
| Romanticismo en dos actos | 27 |
| Cómo han cambiado los tiempos | 33 |
| Viaje de novios | 39 |



MOONRIVER

Alfredo de Andrés Ramos

Alfredo de Andrés Ramos



Madriileño, diplomado en enfermería y licenciado en psicología, el ganador de «Do not disturb» 2010 ha sido galardonado anteriormente con un accésit en el concurso de relatos cortos «San Juan de Dios», con un segundo premio de poesía en el certamen «Ciudad de Ermua» y un segundo premio en el concurso de relatos organizado por ALSA «Cuentos sobre ruedas».

Cenar en este hotel es como cenar en un recuerdo. Se lo digo mientras me llevo el tenedor hacia mis labios. Y ella me mira; y mientras lo hace, el sonido del roce del cubierto contra la porcelana del plato queda suspendido sobre la mesa como si quisiera acompañar el aroma a mar del salmón ahumado; y se queda allí durante un instante, entremezclándose con el murmullo de la sala y con la música de fondo, tenue, que sin querer empaña mis ojos.

Suena Moonriver, como hace un año, y ella hace un gesto mientras deposito de nuevo el tenedor sobre el mantel. Nos miramos mientras el camarero retira el primer plato, y sin querer desviamos nuestros ojos, como si el roce de nuestras miradas se hubiera quedado atrapado junto con los cubiertos y la vajilla que el camarero va colocando con delicadeza sobre su antebrazo.

Me sirvo un poco más de vino, y mientras lo hago me susurras que quizás no sea nuestra última vez, que nadie sabe como será el futuro, que quizás... Y las palabras se precipitan junto con el vino dentro de la copa, y se entremezclan con él, y yo sonrío y respondo que sí, que nadie sabe que ocurrirá mañana. Lo digo sin convicción. Lo digo mientras levanto la copa, mientras la acerco a mis labios, mientras deja de sonar *Moonriver* y desaparecen los reflejos blancos en el agua.

Cierro entonces los ojos y bebo, dejando que la boca se llene del sabor a madera, pero justo en ese instante el camarero trae el segundo plato, y el olor picante y agrídulce de la salsa de fresa compite con tu mirada, con tu sonrisa, con un gesto de tus hombros.

Lo de siempre, dices mientras señalas hacia mi comida. Sí, lo de siempre, como siempre, como hace un año, justo ahora, justo. Lo de siempre: yo jabalí con salsa de fresas; tú crocante de frutos del mar. Somos diferentes hasta en los segundos platos, recuerdo que dijiste. Me acuerdo perfectamente. Y tú sonrías de nuevo, mientras bajas la vista hacia el mantel, hacia esas dos pequeñas manchas rojas al lado de mi plato.

Soy un desastre, me excuso, ya lo sabes. Sí, lo sabes. Sabes que me mancharé la camisa con la salsa de fresas, y que el cerco rosado de la mancha se parecerá al color de tus labios. Sabes que te lo diré cuando acabe la cena, y que tú reirás con una carcajada que romperá de improviso el murmullo suave de las conversaciones del restaurante, y que algunos de los comensales que están más cerca nos mirarán curiosos.

Vuelve a sonar Moonriver y tú haces un gesto de extrañeza. ¿Otra vez? Sí, otra vez, le he dicho al maître que hoy es una noche especial. Giras la cabeza y tus labios se ponen serios. Tus labios que tienen el mismo color que las manchas de la salsa de fresa.

Eso no va a impedir que me vaya, me dices sin apenas mirarme. Sí, lo sé, lo sé. Te lo digo casi atragantándome, te lo digo mientras una gota de la salsa resbala sobre el trozo de jabalí para acabar manchando la camisa.

Lo sé, lo sé. No hace falta que me lo digas más veces. Solo me queda esto: solo me queda esta cena, por favor, no me lo digas más veces. Deja que suene la canción, deja

que las notas me hablen de los reflejos blancos en el agua, mientras nos miramos a los ojos, mientras ríes a carcajadas señalándome la mancha en la camisa, mientras comparo tus labios con las fresas y entrechocamos las copas, brindando por cualquier cosa, qué más da, lo importante es que estamos aquí, y que el sonido del cristal es como el rumor de la luna sobre el agua, como el brillo de tus labios sobre mi camisa, como el rumor amable de tus manos sobre las mías.

Vuelve el camarero y me pregunta si quiero algo más. Me mira de reojo, sin comprender mis lágrimas. Niego con la cabeza. No tomamos postre ¿te acuerdas? Teníamos demasiada prisa por regresar a la habitación.

—¿Podría decir al maître que vuelva a poner *Moonriver*? — le digo al camarero.

Me observa por un instante y a punto está de decir algo. Pero al final calla mientras asiente con la cabeza.

“Un año. Justo un año”, pienso, “ahora justo un año. En este hotel”. Dejo entonces la copa sobre el mantel y miro enfrente de mí, hacia la silla vacía, hacia tu recuerdo, mientras sobre el hotel sobrevuela el reflejo de una luna en el agua.



ANIVERSARIO

Vicente Soriano Bayarri

Vicente Soriano Bayarri



Natural de Valencia, trabaja en una entidad financiera, es economista y tiene estudios de psicología.

Aficionado a la escritura, fue distinguido con el primer premio en el concurso de cuentos «P. Bienvenido Noailles».

El cartel con la leyenda “No Molestar” y el logo del Hotel Montiboli colgaba del pomo en la puerta de la habitación. Ellos se habían arreglado ya, y como tantas otras noches, compartían mesa y mantel en el salón, a la romántica luz de las velas.

Era ya el séptimo aniversario de su matrimonio y los seis anteriores los habían celebrado de idéntica manera. Estancia de tres o cuatro noches (fin de semana largo aprovechando el puente de San Juan) en su hotel favorito, paseos por la playa y cena romántica frente al mar.

Ese año había sido muy intenso. Y no sólo por Javier, el bebé rosado y rechoncho que con gran alboroto había irrumpido en sus vidas y que esa noche dormía ajeno y feliz en casa de su abuela. Ya tenía ocho meses. Ocho meses que habían pasado volando y que también habían sido duros. La paternidad era sin duda la noticia buena del año. Para la mala había varias candidatas.

Javier era un niño muy deseado, largamente esperado y el mejor fruto de su amor. Desgraciadamente, y al contrario de lo que narran los cuentos, no vino con un pan bajo el brazo.

Al poco de nacer, Javier padre había perdido su empleo en la fábrica de azulejos. La empresa, muy afectada por la crisis inmobiliaria, se había visto obligada a despedir a la mayoría de sus trabajadores. A la compañía donde trabajaba Alicia no le iban mejor las cosas. Le habían ido reduciendo paulatinamente las horas hasta las doce semanales que ahora trabajaba.

“¿Quién puede renunciar a los sueños?”, rezaba el folleto que descansaba junto a ellos, sobre una mesita auxiliar. En él, podían observarse fotos de paradisíacas playas de fina arena blanca, patios, acantilados e incluso de alguno de los exquisitos platos que prepara Jean Marc.

—Aún estamos a tiempo —dijo Javier— Al fin y al cabo, mañana viernes no trabajas y después está el fin de semana.

—Ya lo hablamos, no le des más vueltas —contestó lacónica Alicia.

—Podríamos ir sólo una noche, así seguiríamos nuestra tradición y no gastaríamos mucho dinero. Hay que vivir el presente y aún tenemos mucho ahorrado.

—¿Aún me quieres, verdad? —preguntó Alicia.

—Claro, cariño, ¿por qué preguntas...?

—Pues esa es la tradición que deseo que continúe. Pronto saldremos de ésta pero ahora tenemos otras responsabilidades. Hemos de pensar por tres. Disfrutemos de esta noche juntos, solos, que tiempo habrá de perseguir sueños.

Y así transcurrió la velada, entre risas, sueños, besos y vino y..., cómo no, recordando paseos por la playa, atardeceres de ensueño y esas noches en las que, después de la cena, subían a su habitación, abrían el ventanal para que se colara la luna y se perdían entre las sábanas colgando en la puerta el cartel de “No Molestar” con el logo del Montíboli.

El mismo que ahora colgaba de la puerta de la habitación. Su habitación. La habitación de su casa.

Porque esa noche habían estado en el Montiboli sólo con la mente.

Quiso el azar que la vela se consumiera con el último sorbo de vino. Y quedaron así, en la penumbra y con las manos entrelazadas sobre la mesa del salón. Del salón de su casa. Al lado, sobre la mesa auxiliar, junto al mando de la tele, el folleto del Hotel que se trajeron el año pasado.

—Prométeme una cosa, Javier —dijo Alicia mirando de reojo a la mesita—. Dime que el año que viene volveremos a celebrar nuestro aniversario allí.

—Claro que sí, princesa. ¿Quién puede renunciar a los sueños?



LA PRINCESA

Julio García Castillo

Julio García Castillo



Escritor y periodista que ha publicado, entre otras obras, *Los hermanos siameses*, distinguida con el Premio Caja Postal de Negocios-Ficción, *Cómo convertirse en un genio de los negocios*, galardonado con el Premio Papagayo de la Editorial Temas de Hoy, el ensayo *La guía del perfecto tramposo en la Empresa* y la novela *La pirámide invertida*.

Yo tenía ocho años. Lo recuerdo bien porque días antes había sido mi cumpleaños y recibí como regalo un balón de badana. Entonces había dos tipos de balones, los de cuero con válvula, lustrosos y pesados, y los de badana, etéreos y de bote caprichoso. El mío correspondía a la segunda categoría: en casa no sobraba el dinero.

Era una tarde muy calurosa. Mis padres no me habían dejado salir, por aquello de las insolaciones. Pasé la tarde encerrado en la habitación que compartía con mi hermano mayor, lanzando la pelota hacia la pared. Recogía el rebote en la cama, haciendo palomitas como Ramallets, mi ídolo. Crujían los muelles del colchón, pero nadie iba a reñirme por mis proezas.

Mi hermano se había ido a la piscina municipal, con su pandilla, y mis padres al cine de barrio, a ver dos películas para mayores. Volverían tarde, porque repetían la sesión viviendo por partida doble la fantasía. Así que podía permitirme ser el portero titular de la selección sin que me expulsaran.

Al cabo de un buen rato me cansé de competir con un muro y escapé, algo que hacía con frecuencia cuando me quedaba sólo. Cerca de casa comenzaba el campo, en unos parajes que hoy han sido invadidos por el cemento. Donde había bosquecillos y hasta algún huerto, se alzan edificios de ocho o más plantas.

Crecían tomillo, jara y lavanda que acariciaba con la mano para expandir sus aromas. Las moras habían madurado. Masticaba levemente las más oscuras y

escupía las semillas para que no se encajaran entre los dientes. Me detuve en una fuente de agua fresca y sacié la sed.

Había pasado a ser aventurero temerario, dispuesto a afrontar los peligros del anochecer. Al límite de mi viaje por tenebrosos senderos de tierra y yerbajos se alzaba un hotel que mi imaginación convertía en palacio.

Llegué hasta la valla de lanzas puntiagudas, sin duda alzadas para evitar a los intrusos como yo, y eché una mirada al jardín, repleto de mesas con manteles bordados, enormes platos blancos, copas y cubiertos donde destellaba la luz de las velas.

Muy cerca de mi punto de observación, una pareja de la edad de mis padres —es decir, treinta y tantos años— cenaba inmersa en un rito. Cuando levantaban los ojos del plato se miraban con ternura. El príncipe y la princesa.

Decidí que estaban muy enamorados aunque menos que mis padres, los que más se querían del mundo. Uno de los camareros les sirvió un bicho rojo con grandes tenazas que no había visto en mi vida. Luego hizo gesto de que me largara para no perturbar a los clientes. Pero ella, que había percibido mi curiosidad maravillada, le susurró: “El niño no hace daño a nadie”.

Cuando llegó un carrito repleto de tartas y de pasteles, deseé que me dieran a probar alguna de aquellas delicias.

Pero quizás pensaban que yo venía cenado, o no querían que los niños tuviéramos caries como decía nuestro médico de cabecera.

Ya al final trajeron una botella metida en un gran cubo plateado. Ella pidió una tercera copa. El camarero sacó el tapón, y brotó un chorro de espuma. La princesa se acercó hasta mis barrotos —yo me había transfigurado en héroe preso por los malvados— y me dio a beber un sorbito, que refrescó mis labios resecos por las privaciones del cautiverio.

Disfruté el sabor delicado de la bebida y el perfume de aquella mujer tan guapa. Un leve instante de felicidad que nunca he vuelto a experimentar.



ROMANTICISMO EN DOS ACTOS

Francisco García Bausán

Francisco García Bausán



Nacido en Barcelona y licenciado en Ciencias Químicas, trabaja en una empresa de distribución de productos químicos. Gran aficionado a la escritura, *Romanticismo en dos actos* es su primer relato, pues anteriormente ha escrito poesía. Ha publicado algunas obras en la revista literaria *Mente en Libertad* y participa asiduamente en foros de poesía.

Acto 1:

La vida es un círculo
donde algunos puntos se desvían.

Nació para formar parte de mis sueños, para fundirse con dulce pasión en lo más profundo de mi mente transportándome lejos de esta mísera vida terrenal, hacia la luz... Ardientes llamas... Del infierno.

Tantas noches acechando, recorriendo los lúgubres pasillos del hotel, las misteriosas sendas de la perversión humana... Pero no me importaba, estábamos unidos desde tiempos ancestrales, y era inminente... El gran encuentro.

Una cena, una cena romántica nos ha unido; un espacio íntimo, acogedor, armonizado por las efímeras voces del demonio: es tuyo, es tuyo, te pertenece... Allí lo tenía, al otro lado del salón, cenando solo, igual que yo, pero en mi interior lo sabía, lo notaba, lo disfrutaba, era nuestra noche, era nuestra cena, era nuestro día de gloria; desde los albores de la vida el ser humano siempre ha seguido el mismo precepto: “Ni yo sens vos, ni vos sens mí”, y había llegado mi soñado encuentro.

Acto 2:

No hay nada más romántico,
que vivir por él, para él... formando un Yo infinito.

Aquí está ahora conmigo. No recuerdo como hemos llegado a la habitación del hotel; a veces me adentro en

una terrible oscuridad durante días para despertar en lugares desconocidos, como trasladado por una invisible máquina del tiempo.

La alegría me embarga; aunque breves, estos son los más intensos momentos de mi vida inmortal. Camino ligero, henchido de gozo, nervioso, y a duras penas logro sentarme para contemplarle.

Está silencioso, disfrutando en la penumbra del suave ambiente reinante.

Me siento observado; una mirada sutil impregna mi cuerpo de emoción, una mirada transmitida por esas dos perlas, ese par de bolitas de azabache que yacen, reposando, sobre la jabonera. Ahora, apartadas de las cuencas que las vieron nacer, son totalmente perfectas, sin que un triste pestañeo pueda impedirnos gozar de su misteriosa presencia.

Infinitos seres recorren su cuerpo, se adentran, emergen... Sombras animadas, carne de su carne; sonrojado no deja de sonreír. Sin darme cuenta me encuentro en el suelo, arrodillado, ante tal espectáculo dantesco; alzo la cabeza y respiro profundamente, una y otra vez, gozando del primoroso aroma nauseabundo...

Recuerdos de la infancia inundan mi mente: una figura pequeña, escuálida, tras las cortinas de la habitación del pecado, observando a sus padres gemir... La fugaz sombra de un hacha...

Me incorporo y lo observo con ternura. Descansa en la bañera, tendido. Una pierna cuelga al exterior formando en el suelo sinuosos regueros de sangre. ¿La otra? Nebulosos recuerdos de haberla envuelto y enviado a... Pero es algo intrascendente, yo caminaré por él, viviré por él, lo cuidaré y mimaré a través de los siglos... Él lo sabe, no protesta.

Me acerco lentamente; todo mi cuerpo tiembla, regueros de emociones eclosionan en mi cabeza. Un pequeño ejercito de moscas alza el vuelo dejando entrever su rubia melena. La acaricio, sus sedosos rizos se deslizan entre mis dedos, tiñéndolos; entonces, suavemente, comienzo a peinarlo.

Lloro, sí, lloro de emoción contenida; grandes mechones rojizos se desprenden con sonido desgarrado, cual ofrenda de amor, ahora sé que me ama.

Henchido de pasión, sobrepaso los lindes de la bañera y me adentro en ese mundo sangriento y visceral; nos fundimos en un tórrido abrazo, intenso, más intenso, intentando formar un solo cuerpo; el sonido embriagador de huesos rotos nos envuelve.



CÓMO HAN CAMBIADO LOS TIEMPOS

Francisco Durá Quiles

Francisco Durá Quiles



Este Policía Local oriundo de Alicante se manifiesta aficionado a la literatura. Ha realizado varios cursos de escritura creativa y corrección de textos en el Aula Abierta del Ayuntamiento de Alicante, para los que ha escrito algunos relatos cortos incluidos en sus respectivas memorias. Es la primera vez que participa en un concurso de relatos, pero confiesa que no será la última.

—Aquí tiene la llave de la habitación.

—¿Perdón?

—La llave de la habitación.

—Gracias.

Pedro tomó la tarjeta plastificada que le entregaba la recepcionista y sonrió pensando que deberían viajar más. Me buscó con la mirada y, moviendo su mano, como abanicándose, me mostró el moderno sistema de cierre.

—Hay que ver Carmen, cómo han cambiado los tiempos.

—Pedro, ¡por favor!

Me sentí como una tonta cuando noté que me ruborizaba mientras nos dirigíamos al ascensor, Pedro seguía sonriendo. Treinta años atrás bajamos del mismo ascensor para dirigirnos al restaurante del hotel; nos habíamos casado esa mañana y después de una comida familiar, por fin esa noche estaríamos los dos solos.

Nos vestimos con nuestras mejores galas, yo fantástica con mi vestido malva palabra de honor y Pedro, elegante y apuesto, con su traje de boda, que estuve cepillando más de media hora para desempolvarlo de los restos de arroz.

Nos acercamos a nuestra mesa y el camarero, muy servicial, retiró la silla, me senté despacio, emocionándome, y le di las gracias. Pedro esperaba de pie su turno cuando lo descubrí, un enorme abultamiento junto a su entrepierna, miré hacia otro lado tratando de disimular, pero la imagen ya estaba fotografiada en mi cerebro.

La cena fue perfecta, traté de borrar aquella visión de mi cabeza pensando que quizás me habían traicionado los nervios y todo era un espejismo, fruto de la ansiedad que me provocaba la noche de bodas y el hecho de que en ocho años de noviazgo nunca había visto a Pedro desnudo.

Llegó el postre y después el champán con el que nos obsequió el hotel, como a todos los recién casados. Pedro estaba ya lanzado, se le veía gozoso y animado por la música y el alcohol. Se levantó, rodeó la mesa y me ofreció su antebrazo con un gesto muy caballeroso, señalando a la pista de baile.

Cuando retiré mi silla para levantarme la vista se clavó en el dichoso bulto, y con su cercanía me pareció más descomunal. Busqué mi copa de champán con la mano izquierda, desviando la mirada de aquella amenaza, y apuré un último trago que se desvió de su camino provocándome un acceso de tos. Pedro, muy apurado, me golpeaba en la espalda tratando de que recuperara mi respiración.

Unos minutos después bailábamos al compás de “Reloj no marques las horas”, Pedro cada vez más animado y cariñoso. Yo estaba tratando de distraer de mi mente la dichosa imagen cuando noté una dureza inmensa en mi muslo, mi cuerpo actuó instintivamente y, con un movimiento eléctrico, se separó de la amenaza, pero Pedro no sintió el desánimo de otras ocasiones, hoy era su noche, y con dulzura y firmeza volvió a la carga.

Ahí estaba otra vez, pero en esta ocasión traté de acostumbrarme a su contacto, que en nada se parecía a lo

que yo me había imaginado, y mi prima me había contado, era una dureza fría, marmórea y glacial. Pedro, dándose cuenta de mi estado, trató de calmarme.

—“Carmen, no pasa nada, será nuestra primera vez y es normal que estemos un poco nerviosos” —me susurraba al oído.

—Pedro, ¿y si a mí no me gusta?

—Eso le gusta a todo el mundo.

Sollozando, volví a mirar fijamente aquel abultamiento, ahora emborronado por mis lágrimas que empezaban a brotar, y fue Pedro, siguiendo mi mirada, el que descubrió lo que me tenía amedrentada.

Comenzó a reírse a carcajadas mientras sacaba del bolsillo del pantalón un enorme cilindro metálico dorado del que colgaban las llaves de nuestra habitación.

—¡Carmen, Carmen! Baja, que ya hemos llegado.

—Perdona, se me ha ido la cabeza —dije sonriendo.

Llegamos a la puerta de la habitación, Pedro introdujo la tarjeta en un soporte metálico con una ranura horizontal y un chasquido indicó que la puerta estaba abierta, y yo seguía riendo.



VIAJE DE NOVIOS

Elena Marqués

Elena Marqués



Natural de Sevilla y licenciada en filología hispánica, trabaja como correctora de textos en el Servicio de Publicaciones Oficiales del Parlamento de Andalucía. Ha publicado *Ávila*, una selección de obras del I Certamen Fotográfico y I Certamen Relato Hiperbreve «Camino de la Lengua Castellana», y la novela *Amor secreto*. Ganadora de la tercera edición del Premio de Relato Corto «Paso del Estrecho» con la obra *No hay sitio para ti*, la autora también ha recibido una mención honorífica en el concurso «Alicia Moreau de Justo» con el relato *Cierra las ventanas* y ha sido finalista en otros cinco certámenes literarios.

Estaba asustada. Tú mostrabas más seguridad. Al menos hasta ese momento.

Recalamos allí tras un viaje intenso, apresurado, por tus sitios de origen, el pueblo maldito de todos tus olvidos. Querías mostrarme la tumba de tus padres, la ermita de tus ruegos, la casa desolada donde tanto lloraste, donde escondiste amores tan prohibidos como los que ahora vives. Desde su puerta abierta, costumbre de los pueblos andaluces, tan incautamente confiados, se divisan una silla y un mueble donde dejar las llaves. El tiempo allí parece detenido. No podemos entrar para un saludo casual. Vivimos escondidos una aventura inquieta e incipiente.

Llegamos al hotel, como dos forajidos. La habitación es ancha y limpia, y la luz demasiada, acostumbrados que estamos a una vida en penumbra y escondite perpetuos. Sin embargo, has pedido un balcón que nos vigile, abierto a las montañas de tanta niñez perdida. Los besos no se esperan a pasar de la puerta. (Me cruzaste en tus brazos, según el protocolo).

Bajar para el almuerzo se me hace difícil. Ninguno de los dos se atreve a desandar el trecho de escaleras por el que antes subimos, el corazón saltando, las manos enlazadas, la boca ansiosa y torpe entre las ropas breves.

Pero comemos juntos y a la vista de todos, de un público ignorante de que es la primera vez en que aquí estamos, como dos novios más, sin pasado ni cuentas que rendir.

En el local no hay velas o violines, ese tópico absurdo de los romanticismos de película. Pedimos ensalada, cordero, dos cervezas: los mismos platos para las mismas bocas que ya desean volver a unirse, subir apresuradas, dormir juntas, respirar el aire tenue de los montes cercanos.

En la blancura de esta estancia de hotel sin pretensiones me siento tu mujer. En otras ocasiones, también muy escondidos, nos amamos con una ternura sin precedentes, tú enlazado en mis piernas sin dejar de mirarme, no fuera, en mi temor, a escapar para siempre.

Y ya me he acostumbrado a esa penumbra, que asegura un lugar donde contarte, también, mis propias tumbas, mis ruegos y mis desolaciones domésticas. Desde este lecho recuerdo aquel sofá, la manta que te envuelve, la luz sesgada, el cándido sonido de la lluvia.

Abrazados, pensamos si aventurarnos a hablar, de lo que está pasando y lo que ocurra luego. Tú siembras tus desdichas; yo escucho y no interrumpo, que solo necesito ese contacto tibio de tus ojos, en asombro perpetuo, la dulzura de carne de tus brazos, tus palabras seguras de que esto es lo mejor, que ya veremos.

Sobre el sillón de enfrente se asienta el equipaje, que no da para un bolso. Viajamos por un día. Habremos de volver cada uno a su casa, con la cabeza gacha. El listado de excusas es cada vez más falso; la rotundidad de la voz se ha desgastado un poco; la ilusión del principio, de los primeros besos, se va viendo aplastada por un miedo seguro.

Hay que marchar. Nuestra noche de amor imaginaria se adelantó unas horas, y a mí me valen, mucho más que un viaje a cualquier sitio, un destino de siempre, ciudades construidas para esos menesteres. Habremos de volver a nuestro encierro, a esos muros que acunen las caricias secretas y los besos prohibidos.





HOTEL SERVIGROUP
MONTIBOLI☆☆☆☆

Los fantasiosos ojos de un niño observan a una pareja que comparte mesa, dos ancianos recuerdan la emoción que les embargaba en su primera noche, un matrimonio celebra su aniversario como siempre, aunque falta algo... Los relatos recopilados en este libro tienen como elemento común una cena romántica, una velada que los variopintos protagonistas de las historias no olvidarán.



AJUNTAMENT DE LA VILA JOIOSA



CAM

Caja Mediterráneo

